

## CRÍTICA DE LIBROS

Loredo Narciandi, J. C., Sánchez-Criado T. y López Gómez, D. (Eds.) (2009). *¿Dónde reside la acción? Agencia, Constructivismo y Psicología*. Murcia: Ediciones de la Universidad de Murcia / U.N.E.D., S.L. ISBN: 978-84-8371-854-4 / 978-84-362-5891-2.

De un tiempo a esta parte –y a la expectativa de que no se trate de una moda peregrina– se están vislumbrando en la literatura científica de nuestra disciplina ciertos cambios que alegran el alma de unos cuantos y hielan la sonrisa en el rictus (casi rigor mortis) de muchos otros. Piénsese en Jerry Fodor (“What Darwin Got Wrong”, 2010), Frans de Waal (“Filósofos y primates. La evolución de la moral del simio al hombre”, 2007), Vinciane Despret (“Être Bête”, 2007), o Tomás Sánchez-Criado (“Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas”, 2008), por citar algunos ejemplos recientes. Un libro como “¿Dónde reside la acción?” sigue por esa línea alternativa a (o al margen de) la psicología experimentalista, la cual se olvidó en su progreso de la *experiencia* subjetiva. Remárquese la atención en la palabra en cursiva, pues el punto de partida del libro en cuestión es la concepción de una construcción de la subjetividad (esto es, el cogollo de la lechuga psicológica, ¿o no?) en acción.

El principal escollo de la *nueva* psicología académicamente imperante es, en opinión de los autores aquí reunidos, haber separado tan radical y ciegamente al sujeto del objeto de estudio o, en el mejor de los casos, aislar a éste de su construcción onto- y filogénica. En el fondo, el problema es más de raigambre epistemológica que de encorsetamiento metodológico. Obcecados por la dictadura formal del método científico (o, mejor dicho, el experimental en exclusiva, al cual han poseído como a una esclava de harén), se obvia –o se menosprecia directamente, como hizo en su momento Watson– todo aquello que “no cabe” en él. En poco más de un siglo y cuarto de historia, la psicología ha desterrado sin remordimiento alguno (porque para eso hay que tener conciencia y no sólo cerebro) toda la corriente wundtiana preocupada por los procesos superiores (por inmedibles) de la mente. Al final, toda la psicología que el paradigma acepta y/o entiende es la que se encierra entre las cuatro paredes de un laboratorio sin airear. Así pasa que, parafraseando a Hamlet, algo huele a podrido en Leipzig.

En este eterno penar de una Yerma lorquiana vestida con bata blanca, la lectura de “¿Dónde reside la acción?” invita a repensar la situación y la intención de la psicología. Lo primero en cuanto a su origen como ciencia del hombre; lo segundo en cuanto a su segregación de las ciencias humanas. En este paradójico contrasentido subsiste hoy la psicología queriendo codearse con el orgullo herido con otras “hermanas mayores” del campo de la salud, cuando quizá lo urgente sería cuidar(se) de la propia. En un capítulo introductorio, Tomás Sánchez-Criado y Daniel López nos recuerdan que el objeto de estudio de la psicología siempre está constantemente desdoblándose

como cabezas de Hidra o jugando al escondite como un niño travieso. Cautos ante la taxativa (y arbitraria) distinción que se hace entre sujeto y objeto, advierten que ésta deja de tener sentido cuando se habla de la acción psicológica. Al final, al focalizar la mirada tan sólo desde uno u otro lado, la pregunta sobre cuál es la naturaleza del hombre siempre quedará por responder porque la localización de la acción no surge de algo descontextualizado o con independencia de su(s) tecnología(s) de mediación de/con/a través de una realidad particular. En todo caso psicológicamente pertinente, el interés residiría en la orilla de la experiencia y no tanto en el del experimento, que al convertirse en panacea de nuestra ciencia tanto ha hecho por deshumanizar al hombre hasta perder la esencia de lo que posee su carne.

Tal vez por eso el dilema que da título al capítulo de Alberto Rosa –“¿Quién es *Psique*?”– parece al mismo tiempo aviso y declaración de principios. La pobre ninfa que da raíz y palabra a nuestra ciencia no es sustancia fija, sino algo fluido –como el pensamiento jamesiano–, una entidad virtual condenada al debate eterno y en contra de cualquier substancialismo (¿de veras pretenden ponerle vallas al mar?). La psicología, viene a decir Rosa, se construye a la par que su objeto de estudio (y de deseo: el sujeto o, en su defecto, su ideal) poética y poiéticamente como una entelequia que se ejercita con la excitante incertidumbre de su verdad. Como Dios o el amor, quisiera añadir.

El otro gran flanco abierto en el costado es ese sesgado diálogo entre las nociones de sujeto/yo y técnica/tecnología que inevitablemente urde toda ciencia, y la psicología no es ingenua ni ajena a ello. Insatisfactoriamente eficaz para marcar sus márgenes sin límites entre método y teoría, sujeto y objeto, contenido y continente, fondo y figura, significado y significante, la psicología es la prueba científicamente fehaciente de que el traje condiciona la percha. En esa onda crítica, otra serie de autores (Tomás Fernández, José Enrique Ema, José Antonio Castorina, Celia L. Moore, etc.) entienden que la psicología, a medida que se construye, construye una subjetividad “a medida”. Sin alejarse aunque sin chocarse con un posicionamiento más discutiblemente vygotskiano, conciben la psicología como teorización del sujeto *puesto en acción*, ya que sin contexto (funcional) no hay significación. Atengámonos al axioma central de la obra psicológica, pues el conocimiento –cualquiera que sea– se comprende por todo lo elaborado a lo largo de la experiencia pasada y presente. No se puede acceder, en síntesis, a ninguna realidad sin entender las representaciones que uno se haga de ella. Y los psicólogos, no lo olvidemos, somos en parte responsables del diseño de la(s) mente(s). Para más inri, el perfil del objeto/sujeto de estudio nos posiciona en el mundo y nos da una entidad como ciencia, tal y como la domesticación de los animales de compañía define también la subjetividad “del usuario”: así uno y otro extremo de esa parasita relación son representación y construcción comportamental tanto de la mascota como del amo.

De igual modo que la percepción no es natural sino construida, según opinión de Pilar Aivar y David Travieso –dado que el movimiento ocular *dirige intencionalmente* lo percibido, no siendo esto mero objeto o “cosa vista” sino entendido como resultado de una acción, como muy bien subrayaría Brentano–, tampoco el pensamiento está libre de pecado cuando, para evolucionar, ha echado mano (o neuronas) del lenguaje desde el albor de los tiempos. No se pase por alto que el lenguaje es una tecnología la mar de efectiva para *construir mundos*. En su origen griego, la *tekné* se refería a la capacidad para (desarrollar) algo. Esto es: no a priori, sino puesto en práctica, lo que atañe a una experiencia en acto y no escindida del ritual y el soporte, como apuntan Gavin Kendall y Mike Michael y el tándem conformado por Francisco Tirado y Miguel Domènech. El lenguaje, cómo no, fue y es una herramienta tan reveladora como

el fuego, y como cualquier otro artefacto en poder y obra del hombre ha sido construido en interacción con el mundo, no más allá de lo estrictamente material ni menos acá de nosotros mismos. En Baldwin, por ejemplo —y según la revisión que hace José Carlos Loredo—, no parece haber voluntad por dejar claro dónde o cuándo termina el objeto y empieza el sujeto, o al revés. El caso de Meyerson, a tenor de Loredo, es tan o más atractivo, pues rompe las fronteras de la psicología experimental para discurrir por la historia del arte, la física, la biología, la religión, las matemáticas, etc., al hablar de la acción en términos de funciones y obras. Porque la psicología —o el interés por ella— pulula en todo universo humano o, mejor dicho, *creado* por y para humanos (que es como decir, para la tranquilidad de unos cuantos, el universo y punto).

Tal vez en esa confusa nebulosa radia la majestad de esta psicología epistémica basada en el constructivismo, erigiéndose contra el radicalismo conmensurado de los fundamentalistas y formalistas de la psicología actual. Por eso conviene advertir como hace Belén Jiménez de las interesantes e interesadas *liaisons dangereuses* de la psicología aplicada que, por supuesto, también diseña realidades y subjetividades “de encargo”. Dedicando un bravo capítulo a la construcción de la responsabilidad penal —y cítese al estrado también a la frenología, la eugenesia o la criminología—, Jiménez denuncia cómo la psicología contribuye a dibujar las bases de una antropología “naturalista” que gestione la subjetividad ajena parapetándose, eso sí, en la ¿inocente? neutralidad de las ciencias naturales.

Concluyendo el libro, José Carlos Sánchez presenta una mirada pacificadora que intenta corregir ese feo *apartheid* entre ciencia y epistemología que desde hace lustros mina los resortes académicos de la psicología. Para ello plantea un sugerente dodecálogo que resume y al mismo tiempo reabre algunas de las principales cuestiones que se debaten en las páginas precedentes. En definitiva, es éste un libro valiente y fresco que a lo peor llega muy tarde para curar esta cabezota crisis de identidad que sufre la psicología, aquejada por el momento de un neurótico bloqueo creativo. Perdón, quería decir constructivo.

Iván Sánchez Moreno  
*Universidad de Barcelona*